

Por el "Bienestar Mundial Bruto" y su redistribución

«Pobreza y riqueza deben ser rechazadas como indignas del hombre». No son estas palabras una cita de la Biblia, aunque ciertamente recuerdan mucho aquella sentencia del Libro de los Proverbios: «No me des pobreza ni riqueza, déjame gustar mi trozo de pan» (Pr. 30, 8). Esas primeras palabras fueron pronunciadas en la última semana del Pensamiento Marxista de París, por el católico Gabriel Marc. Y no pasarían de ser una pura anécdota, si no fueran expresión de una nueva conciencia que va despertando entre minorías pensantes. ¿Adónde vamos con nuestro desarrollismo, con nuestro crecimiento económico, con nuestra mitificación del Producto Nacional Bruto? ¿A contemplar imágenes como la del policía de tráfico de Tokio, que se tiene que retirar de vez en cuando de su puesto para respirar un poco de oxígeno a través de una máscara? ¿A que en torno al 50 por 100 de las consultas médicas se deban a enfermedades mentales y nerviosas, como sucede actualmente en los países desarrollados? ¿A los veintiséis millones de cráteres producidos en Vietnam por la artillería y los bombardeos sólo hasta 1971? ¿A que la radioactividad producida por las experiencias nucleares ponga en peligro cada vez más amplias regiones del planeta? ¿A un tipo de urbanización que amontone 300.000 habitantes por kilómetro cuadrado, como sucede actualmente en la colonia de Hong-Kong? ¿A la extinción de una muy larga serie de especies animales, como las 225 que se calcula han desaparecido durante los tres últimos siglos, desde la tortuga gigante al pato del Labrador? ¿A la muerte de los ríos y de su fauna, convertidos en vertederos? ¿A envenenarnos con los mismos pesticidas—DDT, etcétera—con que intentamos aniquilar los parásitos de los cultivos? ¿A agotar la propia fecundidad de la tierra, mediante el uso y abuso del abonado intensivo? ¿A dejarnos sorprender y dominar por una publicidad insensata que trata por todos los medios de convencernos de que es preciso cambiar todos los años de coche, de televisor, etc., de que debemos «experimentar cada día la alegría (!) de un nuevo electrodoméstico en la casa»? ¿A no ser dueños de nuestro tiempo ni de nosotros mismos, por aquello de que es preciso trabajar más para ganar más y consumir más? ¿Adónde vamos?

JERARQUIA DE VALORES

Un sabio ciudadano de la India resumía así su impresión, después de haber vivido varios meses en nuestro país: «He encontrado más prosperidad que felicidad; mucha velocidad, pero muy poca paz.» Esto parece significar que, por una especie de mimetismo, vamos siguiendo paso a paso el camino ya trillado por los países que fueron delante de nosotros en el llamado «desarrollo». Veamos, si no, algunas de las ideas vertidas, por ejemplo, en uno de los últimos debates del Club «30 Días de Europa»: «Lo que me sorprende es que se citen siempre los índices de expansión y que de este modo se quiera dar a entender que todo va bien porque se tiene más autopistas, hoteles o médicos por habitante. Pero así nos olvidamos de los índices de pauperización, que me parecen significativos. ¿Por qué no se habla nunca de la disminución de espacios verdes, al mismo tiempo que se pregona siempre el aumento del número de viviendas? Es preciso dar una importancia mayor al crecimiento de los bienes inmateriales, a la satisfacción de las necesidades reales nacidas del entorno físico y social del hombre. Hemos vivido del mito de que la industrialización, la urbanización y el progreso científico lograban automáticamente la felicidad del hombre... Lo que ahora hace falta es reorientarlos de manera que aseguren un progreso real del bienestar del hombre» (Philippe Saint-Marc). «Debemos plantearnos el problema de si la producción, por su crecimiento, contribuye o no a la felicidad del hombre, de si nuestra sociedad industrial es capaz de reencontrar aquella sabiduría en la que nos superan hoy los países en vías de desarrollo: ellos han logrado mantener cierto número de valores que hoy nos corresponde redescubrir mediante la técnica o contra la técnica» (Pierre Uri). «Hoy aparece como apremiante el prestar atención a valores de personalización que ponen ciertamente en tela de juicio cierto tipo de organización de nuestra sociedad. En esto ciertamente es estimulante la contestación de las jóvenes generaciones» (Jean Boissonat).

Veamos otras manifestaciones verdaderamente sorprendentes del actual presidente de la Comisión Europea, Sicco Mansholt: «En verdad, la mayoría de nuestros supuestos «progresos» técnicos nos conducen inexorablemente al desastre, a un callejón sin salida. Incluso los países que se creen más fuertes, que piensan poder monopolizar todos los recursos existentes para su supervivencia y comodidad, incluso esos mismos países, están abocados a la catástrofe... Nuestra sociedad futura no puede hacerse a la imagen de la actual; tiene que ser una sociedad en la que haya menos autos, casas más sencillas, menos medios de transporte, y en la que no existan ni «Jumbo-Jets» ni otros aviones supersónicos... Hay muchos valores tradicionales que revisar. Es preciso humanizar la vida, lo que podrá conseguirse tan pronto como dejemos de tener por meta el lucro, una meta que cada vez tiene menos sentido, que cada vez resulta más peligrosa. Lo esencial es permí-

tir a todo el mundo, sin excepción, la plena realización personal, el pleno desarrollo de sus capacidades...»

Estamos plenamente de acuerdo: «El desarrollo no se reduce al simple crecimiento económico. Para ser auténtico debe ser integral, es decir, promover a todos los hombres y a todo el hombre» («Populorum Progressio», núm. 14). Este es el criterio acertado, el punto de partida.

MATIZACIONES

Pero, ante este despertar de la conciencia ecológica en los países industriales, ha habido una serie de reacciones que es preciso matizar.

Primero: El problema, que es de contaminación y deterioro del medio en los países desarrollados, continúa siendo de pobreza en los países pobres. No pueden los países ricos tratar de imponer a los demás su propia visión del problema. Como decía Jean Boissonat en el debate antes citado, hay que rehusar a quienes pretenden cerrar la vía del progreso bajo el pretexto de que, disfrutando de una vivienda conveniente, de un automóvil o de un frigorífico, se puede convencer al resto del universo a que intente escuchar sin preocupaciones música de Mozart o de Bach. O como escribe el brasileño Josué de Castro: «Es cierto que la contaminación es una consecuencia de la producción industrial y de la urbanización, pero sabemos muy bien que se puede producir, industrializar y urbanizar sin contaminar. Todo depende del costo de la producción. Pero los países ricos no quieren aumentar los costos de producción. Y, en cambio, preconizan que nos detengamos. Los que deben detenerse son los países que contaminan el mundo. Quienes deben detener su producción—si es que hay que hacerlo—son los Estados Unidos, principales contaminadores de la civilización actual...» O como afirmaron los países pobres en la reunión de las Naciones Unidas en el mes de junio pasado, en Estocolmo, «en los países en desarrollo, la mayoría de los problemas ambientales están motivados por el subdesarrollo... Por ello, los países en desarrollo deben dirigir sus esfuerzos hacia el desarrollo, teniendo presente sus prioridades y la necesidad de salvaguardar y mejorar el medio».

Segundo: En la misma conferencia de Estocolmo, los países pobres forzaron la siguiente declaración: «los países industriales deben esforzarse por reducir la distancia que los separa de los países en desarrollo». He aquí otro aspecto muy importante, relacionado con la felicidad humana y con la calidad de la vida. Sociólogos y psicólogos están de acuerdo en que la sensación personal de felicidad no depende de los niveles de vida absolutos, sino de los

niveles relativos. El subproletariado americano, v. gr., que tiene un nivel de consumo superior, en términos absolutos, al de un rico, por ejemplo, del Camerún, objetivamente se siente menos feliz y satisfecho. La conclusión, pues, es clara, en relación con el reparto del bienestar mundial entre países ricos y países pobres, si tenemos en cuenta que los respectivos niveles de vida se van distanciando cada vez más: también se va distanciando cada vez más la correspondiente sensación de bienestar. Una política de redistribución de los niveles de vida a escala mundial es, pues, condición necesaria para el incremento, no del producto mundial bruto, sino del «bienestar mundial bruto».

Tercero: Los críticos del capitalismo sospechan o temen que el lanzamiento publicitario del problema de la contaminación y del medio ambiente sea una coartada más del propio sistema capitalista. No se explican, p. ej., que el estudio mundialmente más famoso realizado hasta ahora sobre la materia, el del Massachusetts Institute of Technology, haya sido financiado por tres grandes «monopolios» del automóvil: Ford, Fiat y Volkswagen. Piensan que, en el fondo, no se trata sino de una estrategia para el lanzamiento al mercado de una nueva industria o tecnología monopólico-capitalista: la industria anticontaminación, la industria del medio ambiente.

A este respecto diríamos lo siguiente: todo recelo es poco cuando del capitalismo monopolista se trata. Sin embargo, nos resulta muy difícil comprender la consistencia de tal supuesta estrategia. ¿Contaminar, primero, para luego descontaminar? ¿Y cómo saben las empresas capitalistas contaminantes que los costes de la contaminación van a ser socializados, que no van a gravar el coste de sus propios productos, y que, si esto último sucede, van a poder repercutirlos sobre los últimos compradores? ¿Se trataría sólo de una táctica publicitaria para exportar tecnología anticontaminante? Esto sí podría ser válido. Quede, pues, en pie la sospecha. Pero esto no quita el que minorías responsables, no directamente involucradas en la codicia y la habilidad del lucro capitalista, con ocasión del problema del medio ambiente, se hayan preguntado sinceramente sobre el sentido radical del progreso humano.

Para nosotros la respuesta es clara: «Es un humanismo pleno el que hay que promover.» Y «el desarrollo integral del hombre no puede darse sin el desarrollo solidario de la Humanidad» («Populorum Progressio», núms. 42 y 43).

EN ESPAÑA

Nuestro país, a mitad del camino del desarrollo, tiene la oportunidad de readaptarlo, con el fin de esquivar los problemas hu-

manos ambientales que han tomado un poco por sorpresa a los países industriales. No se minimice afirmando simplemente que la contaminación en España se limita a Madrid, Barcelona y a algunas comarcas de Asturias y Vascongadas. Hemos hablado, por ejemplo, de la influencia negativa en el bienestar de una desigual distribución de la riqueza y de la renta, de los pesticidas que pueden quedar en parte incorporados a los alimentos que consumimos, de la polución de las aguas, etc. Estos y otros aspectos han adquirido ya o están adquiriendo, en nuestro país, unas dimensiones nacionales. Tampoco nos podemos desentender, finalmente, de participar en una redistribución del bienestar a escala internacional, dando, tal vez, más que recibiendo. ¿No aireamos ya, un tanto triunfalísticamente, nuestros 1.200 dólares de renta por habitante?